

Prólogo

Un ilustre periodista que me precedió en este menester dijo refiriéndose a Rodríguez Braun: «Carlos es liberal como Mozart músico, Mike Tyson negro y Viriato pastor lusitano». O sea, que lo liberal es poco más o menos que consustancial a él, pues no acertaba a imaginárselo de otro modo. Y quizá sea cierto.

Entre las acepciones que el Diccionario de la Academia da de liberal, aparece en sexto lugar la de «Partidario de la libertad individual y social en lo político y de la iniciativa privada en lo económico». Carlos Rodríguez Braun es liberal en ese sentido y también en los cuatro o cinco previos: o sea, es generoso, bien dispuesto al trabajo, se dedica a tareas intelectuales y es comprensivo, tolerante, se esfuerza por entender las razones de sus adversarios. Aunque no sea un caso único, no de todos los liberales, en el sentido europeo del término, se puede decir lo mismo. Tampoco de los españoles ni, por lo que sabemos, de los argentinos.

Así pues, CRB es un liberal notorio del grupo de los profesores —catedrático de Historia del Pensamiento Económico de la Complutense— y entre ellos se distingue por ser acaso el más volcado, el que más tiempo y energía dedica a la divulgación dirigida al gran público. Prueba de su optimismo y generosidad es su propensión a tratar de convencer a los más alejados de sus posiciones en el terreno que ellos dominan. Durante años fue la voz liberal de la Cadena Ser. Se precisa mucha moral, mucho cuajo, para, día tras día, dale que te pego, sin perder los modales ni la sonrisa, señalar contradicciones, ideas falsas, errores de concepto y combatir los gérmenes liberticidas que afloran en el pensamiento dominante precisamente en su principal tribuna. Testigo privilegiado de esa tarea, Iñaki Gabilondo, en el prólogo mencionado, manifestaba su admiración por el entusiasmo y la deportividad con que CRB

se entrega de buena mañana a la esgrima dialéctica ante el micrófono, sin perdonar una, pero derrochando cordialidad, ingenio y buen humor.

Aunque su personalidad pueda ser calificada de liberal en el sentido que le gustaba al doctor Marañón, CRB no nació tal, ni llegó a serlo por una especie de iluminación instantánea: «me interesó esa doctrina y decidí empezar a estudiarla –deja escrito el día de su cincuenta aniversario–. Tras más de dos décadas de mucho pensar y discutir, aún no he terminado de aprenderla». En todo lo que dice y escribe está presente algo así como la experiencia intelectual de la decepción, la cautela afirmativa y el rechazo de las utopías propios de los curados de espanto, de los escarmentados en cabeza propia. Sabemos, porque él lo ha contado, que empezó a interesarse por la doctrina liberal cuando, exiliado en Madrid en 1977, asistió a un curso de doctorado impartido por Pedro Schwartz. En marzo del año anterior, se había producido el golpe de estado que llevó a la presidencia al general Videla.

Este es el tercer libro en el que CRB recoge lo más duradero de sus intervenciones en la prensa. Parte de estos textos aparecieron en *Libertad Digital*, donde colabora desde sus comienzos sin faltar ni una semana a su cita, bien es cierto que tampoco le han faltado motivos sobre los que escribir. La «Tontería económica de la semana» se ha convertido en un clásico, en una antología del disparate que no cesa y que nos trae por la calle de la amargura. Por grande que sea el error o la necesidad que ha llamado su atención, CRB no pierde la compostura y por principio rechaza los argumentos *ad hominem*. No sólo no cree que las desavenencias sean algo personal, sino que manifiesta su gratitud y afecto a quienes se siente obligado a criticar: «Lo reprochable no es tener opiniones, a favor o en contra, interesadas o desinteresadas, apasionadas o desapasionadas, sino tener opiniones equivocadas y, sobre todo, no saberlo».

Por todo ello, como podrá comprobar quien siguiere leyendo, podemos calificar al profesor Rodríguez Braun –destacado erudito, brillante profesor y esforzado apóstol en los medios de comunicación– como la cara amable del liberalismo en España.

Javier Rubio Navarro
Director de *Libertad Digital*

Advertencia del autor

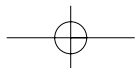
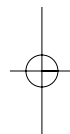
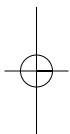
La idea de la que nace este libro surgió hace muchos años en *Diario 16*, la recuperé más tarde en *Libertad Digital* y la sigo practicando también con Carlos Herrera en Onda Cero. No tiene ningún propósito ofensivo. En cambio, procura subrayar presuntas verdades reveladas que en realidad no son tales. Presento aquí sólo una selección de los cientos de tonterías que he ido señalando en la última década. El libro puede leerse en cualquier orden, pero a efectos de orientación he incluido un índice de nombres y otro de materias.

Esta segunda edición se ha completado con una selección de artículos publicados recientemente y se han eliminado otros menos vigentes.

Agradezco a los medios de comunicación que han acogido estas píldoras liberales, y a las personas que me las han comentado y criticado, como el profesor Ángel Álvarez, Elena García Teruel, Gorka Etchevarría y Francisco Capella. Toda mi gratitud y afecto, asimismo, para las personas criticadas en este libro y para la prensa políticamente correcta, en particular el diario *El País*.

CRB

Madrid, mayo de 2007



Educación lucrativa

Este titular de *ABC* atrajo mi atención: «Un informe alerta sobre el auge de los centros docentes con ánimo de lucro». La retórica anti-liberal es tan poderosa que la palabra lucro incluso suena mal, suena a estupro, a agresión infame, a violento saqueo.

Habrà que recordar, entonces, que un centro docente podrá tener ánimo de lucro, pero sólo hay una forma en que consiga obtener efectivamente dicha ganancia: si ofrece una educación lo suficientemente buena como para que la gente con libertad la demande y la pague.

Así, si aumentan los centros docentes con ánimo de lucro eso sólo puede significar que la educación que ofrecen es tan buena que los ciudadanos optan por demandarla. Obviamente, significa que esos ciudadanos tienen dinero para pagarla. Todo esto está bien por cualquier lado que se lo mire. Pero entonces ¿por qué alertar sobre su auge?

Lo interesante del informe es que, precisamente, demostraba la extensión de la prosperidad: «La demanda de estudios universitarios se ha disparado en todo el mundo», y añadía que especialmente en los países pobres. Es tan dinámica esta demanda acrecentada que el sector público no ha podido asumirla, y de ahí la vertiginosa proliferación de centros privados. En la India, se explicaba, el 70% de la educación superior es privada; pero no se reflexionaba sobre si esto tiene alguna relación con la buena calidad de la educación india, sino que se encendían las luces de alarma de la corrección política: «La “mercantilización”, un riesgo para la educación superior en todo el mundo».

Oiga ¿cómo va a ser un riesgo? La gente es más rica y, conforme con la venerable Ley de Engel, su demanda de servicios, en particular la educación, aumenta más que proporcionalmente. Motivo, sin duda, para felicitarse. Sin embargo, este informe está muy preocupado con esto, porque resulta que la educación es «un servicio público» y jamás puede ser (¿no lo adivina?) «una mercancía»; es decir, no puede ser algo que la gente libremente decida comprar.

La fotografía que ilustraba el reportaje era reveladora, porque mostraba a tres veteranos progresistas, defensores del informe y autores de disparates sin cuento contra la libertad: Rigoberta Menchú, Adolfo Pérez Esquivel y José Saramago.

Victoria de Islandia

Según Victoria Abril, «Islandia es un país donde se respeta la vida como en ningún sitio». Esto es así, aclara la gran actriz española, por el control total que ejerce el Estado sobre la sociedad, y que para doña Victoria equivale al paraíso: «El Estado te protege y te cuida. Te paga por respirar. Es el primer país que vive en el siglo XXI, en una verdadera democracia».

El desconcierto tiene, como es sabido, muchos matices, no sólo económicos. Los medios de comunicación saludaron la película islandesa *101 Réikiavik*, en la que actúa Victoria Abril, «como un homenaje a la tolerancia... una apología de la libertad sexual». Es imposible no secundar la tolerancia y la libertad. Pero en esta película el personaje de Abril es una lesbiana que seduce a un joven mientras en realidad es la amante de su madre. En otras palabras, aquí se interpreta la tolerancia como tolerar cualquier cosa, y la libertad como la libertad de hacer cualquier cosa, es decir, lo contrario de cualquier significado mínimamente consistente de las ideas de tolerancia y libertad.

En ese contexto se entiende el tribal desvarío de aplaudir una sociedad en donde la coacción pública se extiende sin límites. Cuando la señora Abril dice que el Estado «te paga por respirar» no piensa ni por un instante en cómo te cobra el Estado, no sólo en dinero sino

en libertad. Ese Estado, que por todo te paga y que en consecuencia por todo te cobra, es «una verdadera democracia». Islandia ha conseguido una gran Victoria. Pero no la de la libertad.

Zafias mercancías

Proclamó Carmen Alborch: «La izquierda nunca ha creído que la cultura fuera una mercancía». Y Manuel Escudero deploró la existencia en el mundo de «dos rasgos complementarios, inspirados en un zafio y dogmático neoliberalismo económico: la ausencia de regulaciones y la falta de integración económica y social».

El odio a las mercancías es el odio a la libertad, característica fundamental de las mercancías, que son cosas que se compran y se venden si hay quien quiera hacerlo, y si no no. Si la cultura es una mercancía, el pueblo trabajador puede elegir pagarla o destinar su dinero a otro uso. Esa presión es lo que induce a los oferentes a presentar mercancías buenas y baratas, en beneficio de todos.

Ahora veamos el paraíso de Carmen Alborch: la cultura, loada sea la izquierda, ya no es una mercancía. Bravo, bravo. Pero si los productores de cultura no cobran, no la producirán. Es decir, para que haya cultura es necesario que cobren, lo que nos deja sólo con una alternativa, porque doña Carmen, amor mío al Alborch, rechaza las mercancías y su pago libre, con lo cual resulta que lo que está pidiendo es que el pago no sea libre. Para que haya cultura y ésta no sea la odiada mercancía, el poder político deberá obligar a los trabajadores a que la paguen, lo quieran o no, les guste o no. Los incentivos a ahorrar costes y a satisfacer la demanda del público desaparecen y se instala el despilfarro, la cultura de la subvención a la cultura y la arbitrariedad política más o menos corrupta. Doña Carmen debe ir por ahí pensando que es progresista. Curioso.

También es curioso lo de don Manuel, que cree seriamente que por culpa del zafio liberalismo vivimos en un mundo sin regulaciones y sin gasto público, que es lo que piden los socialistas cuanto claman por más integración económica y social. La pregunta es ¿en qué mundo vive el profesor Escudero? ¿No ha visto el BOE, no ha visto

las cifras de los presupuestos, de los impuestos, los gastos y la deuda públicos? ¿Dónde está ese presunto liberalismo que al parecer no ha dejado del Estado piedra sobre piedra?

Y la inquietante conclusión es: las regulaciones que tenemos, los impuestos que tenemos, este mundo con tantos permisos como libertades, le parece a don Manuel un anárquico y vulgar liberalismo, que lógicamente debemos deducir que hay que corregir con más regulaciones y más impuestos: eso no será zafio ni dogmático, no.

Necesidades públicas

El destacado político socialista Joaquín Almunia es persona ponderada e inteligente, pero no titubeó en condenar la reducción de impuestos «cuando existen aún muchas necesidades públicas por atender».

No está Almunia, desde luego, solo en esta idea; numerosas personas, incluidos algunos premios Nobel de Economía que hostigaron a Bush Jr. en un reciente manifiesto, piensan que cualquier reducción impositiva es en el mejor de los casos peligrosamente irresponsable (Paréntesis osado: ¡un gobernante liberal debería guiarse más por sus principios que por sus asesores económicos!).

Es curioso que se teman los desequilibrios que pueda provocar una rebaja de impuestos, porque esos desequilibrios siempre han existido, y han acompañado la mayor voracidad fiscal, que sistemáticamente ha sido aplaudida o justificada a partir de la necesidad de resolver desequilibrios o, como dice Almunia, satisfacer necesidades públicas.

El miedo a la rebaja impositiva se basa en un prejuicio, en lo que he llamado «la falacia del Estado que está», que sostiene que las cosas que el Estado hace porque está no se harían si no estuviera; la falacia estriba, naturalmente, en que el Estado no tiene recursos sino que se los extrae a los ciudadanos.

La peculiar condición del Estado es lo que hace que la frase de Almunia sea un error. La posibilidad de utilizar los recursos ajenos

es por definición ilimitada; así, no hay ninguna frontera a la expansión del Estado en función de las necesidades públicas. No es para nada casual que el intervencionismo se haya alimentado de los indefinidos derechos sociales, ni que el político que más ha pedido el aumento del gasto público y los impuestos en este país, Julio Anguita, no lo haya hecho nunca esgrimiendo *El Capital* de Marx sino nuestra Constitución.

Pero como el Estado de derecho y la libertad dependen crucialmente de un poder político contenido, cifrar el perímetro de la política en las necesidades públicas significa de hecho que las Administraciones Públicas pueden crecer hasta absorber la totalidad de los bienes y libertades de sus súbditos.

Social y sociedad

Vicente Álvarez Areces, presidente del Principado de Asturias, dijo que la sanidad pública es «una conquista social irrenunciable... un patrimonio colectivo... aceptado como un buen sistema». Y Felipe González denunció las «demoledoras consecuencias sociales» del liberalismo.

Don Vicente, «social» significa la sociedad. Cuando uno habla de conquista, patrimonio y aceptación de algo con relación a la sociedad, uno no puede seriamente referirse a lo que ha sido impuesto políticamente y financiado con fondos privados de una manera tal que los ciudadanos jamás han podido elegir no entregarlos. Usted no puede querer decir que la política es igual que la sociedad, porque eso es el fascismo. Y si lo que quiere decir es que la sociedad quiere la sanidad pública, entonces deberá admitir que eso sólo será verdad cuando todos y cada uno de los miembros de la sociedad española la paguen voluntariamente teniendo la posibilidad de no hacerlo.

Don Felipe, si las consecuencias sociales del liberalismo son demoledoras, ¿cómo son las consecuencias sociales del socialismo? Esta pregunta es ineludible, salvo que nos pretenda engañar comparando los resultados sociales del liberalismo con los objetivos sociales del socialismo, en cuyo caso, claro está, el socialismo siempre gana. Si

el liberalismo se plasma en determinadas medidas y políticas, el socialismo también, con lo que debe usted comparar las consecuencias concretas del liberalismo con las del socialismo, por ejemplo, qué le diría yo, un 25% de paro, una espectacular subida de impuestos y una escalada inédita de la corrupción. Habría que ver, don Felipe, qué es lo realmente demoledor.

Hayek

El profesor Fernando Álvarez-Uría ha expresado el pensamiento único: «cruzada contra el Estado del bienestar», «los seres humanos... meras mercancías», «frente al egoísmo y el afán de lucro cabe... la solidaridad entre todos los seres humanos», «el Estado social... es una conquista histórica», «las fuerzas del capital tratan de imponer su hegemonía», «proteger a la sociedad de la voracidad y la insolidaridad del mercado autorregulado», «los seres humanos no son cosas», «evitar que el fundamentalismo capitalista nos conduzca una vez más al borde de la barbarie». Todo esto es humo convencional, pero don Fernando, además, desbarra así: «Friedrich Hayek, en *Camino de servidumbre*, intentó proporcionar una lógica a la vieja racionalidad económica liberal que ha llegado a monopolizar la ciencia económica para terminar por convertirla en una economía sin sociedad».

¡O sea que la lógica hayekiana y liberal monopoliza la ciencia económica! Este caballero no tiene ni la menor idea de lo que es la ciencia económica, que no sólo no está en absoluto monopolizada por el liberalismo sino que en realidad en ella el liberalismo probablemente no ha sido predominante nunca. Ha contado sin duda con voces liberales, pero generalmente matizadas y ni siquiera con mayoría aplastante en el supuestamente ultraliberal siglo XIX.

Cuando alguien puede pensar que la economía es como fantasea el profesor Álvarez-Uría, entonces ya puede pensar cualquier cosa. Por ejemplo, pensar que el liberalismo separa la economía de la sociedad, grosera caricatura antiliberal que desde antiguo busca presentar a la economía como frío e inicuo artefacto materialista alejado de las genuinas preocupaciones sociales, a las que sólo atenderían los enemigos de la libertad.